



**Viajes con  
Charley**  
**John Steinbeck**

colección notraslatitudes

# Viajes con Charley

en busca de Estados Unidos

## John Steinbeck

Traducción de  
José Manuel Álvarez Flórez

Nørdicalibros  
2018

Título original: *Travels with Charley in Search of America*

© The Curtis Publishing Co., Inc., 1961, 1962

© John Steinbeck, 1962

Copyright renewed Elaine Steinbeck, Thom Steinbeck, and John Steinbeck IV, 1989, 1990

© De la traducción: José Manuel Álvarez Flórez

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P - CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: junio de 2014

Segunda edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-17281-60-1

Depósito Legal: M-19464-2018

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos (Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón y

Susana Rodríguez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Este libro está dedicado a  
Harold Guinzburg,  
con respeto nacido de una relación y  
un afecto que no han hecho más que crecer.*

JOHN STEINBECK

## PRIMERA PARTE

Cuando yo era muy joven y sentía dentro ese ansia de estar en otro sitio, las personas mayores me aseguraban que al hacerme mayor se me curaría este prurito. Cuando los años me calificaron de mayor, el remedio prescrito fue la edad madura. En la edad madura estaba ya seguro de que con unos años más se aliviaría mi fiebre y ahora, con cincuenta y ocho, de que tal vez la senilidad lo consiguiese. Nada ha funcionado. Cuatro ásperos pitidos de la sirena de un barco aún me erizan el pelo de la nuca y ponen mis pies en movimiento. El sonido de un reactor, un motor calentándose, hasta el toctoc en el pavimento de unos cascos herrados producen el viejo estremecimiento, la boca seca y la mirada perdida, las palmas ardientes y una agitación del estómago bajo la caja torácica. En otras palabras, no mejoro; en otras palabras más, el que ha sido vagabundo alguna vez, lo será siempre. Me temo que la enfermedad es incurable. Expongo esto no para instruir a otros, sino para informarme yo.

Cuando el virus del desasosiego empieza a tomar posesión de un hombre rebelde, y el camino que lleva lejos de aquí parece ancho y recto y grato, la víctima debe hallar primero en sí misma una razón buena y suficiente para ponerse en marcha. Esto no le es difícil al vagabundo experto. Tiene incorporado un huerto de razones donde elegir. Luego debe planear su viaje en el tiempo y en el espacio, elegir una dirección y un destino. Y debe por último abordar los detalles prácticos. Cómo ir, qué llevar, cuánto tiempo estar. Esta parte del proceso es invariable e indefectible. La expongo sólo para que los

recién llegados al vagabundeo no se crean, como adolescentes con un pecado recién urdido, que lo inventaron ellos.

Después de trazar el plan, disponer el equipo e iniciar un viaje, interviene y se hace cargo un nuevo factor. Cada viaje, safari o exploración es una entidad, diferente de todos los demás viajes. Tiene personalidad, temperamento, individualidad, carácter único. Un viaje es una persona en sí; no hay dos iguales. Y los planes, las salvaguardas, el control y la coerción son todos infructuosos. Descubrimos tras años de lucha que no hacemos un viaje: nos hace él a nosotros. Guías, programas, reservas, cosas obligadas e inevitables, se hunden y naufragan en la personalidad del viaje. Sólo cuando el vagabundo de pura cepa reconoce esto puede relajarse y asumirlo. Sólo entonces se disipan las frustraciones. En esto un viaje es como el matrimonio. La forma segura de equivocarse es pensar que lo controlas. Me siento mejor ahora, después de decir esto, aunque sólo los que lo han experimentado lo entenderán.



Mi plan era claro, conciso y razonable, creo yo. He viajado por diversas partes del mundo durante muchos años. En Estados Unidos vivo en Nueva York, o me voy a Chicago o a San Francisco. Pero Nueva York no es más los Estados Unidos de lo que París es Francia o Londres es Inglaterra. Así que descubrí que no conocía mi propio país. Yo, un escritor estadounidense, que escribía sobre Estados Unidos, estaba trabajando de memoria, y la memoria es, en el mejor de los casos, un depósito defectuoso y deformado. No había oído el habla del país, ni olido la hierba ni los árboles ni las alcantarillas, ni visto sus cerros ni sus aguas, ni su color ni la calidad de su luz. Sabía de los cambios sólo por los libros y los periódicos. Pero, aparte de eso, llevaba veinticinco años sin sentir el país. En resumen, estaba escribiendo sobre algo de lo que no sabía, y eso en un presunto escritor me parece un crimen. Mis recuerdos estaban deformados por los veinticinco años transcurridos.

Había viajado una vez en una vieja furgoneta de una panadería, un cacharro de dos puertas con un colchón en el suelo. Paraba donde paraba la gente o se reunía, oía y miraba y sentía, y me formé así una imagen de mi país cuya fidelidad sólo estaba distorsionada por mis propias limitaciones.

Así que decidí salir a mirar otra vez, a intentar redescubrir este país gigante. Sólo así podría explicar, al escribir, las pequeñas verdades diagnósticas que son los fundamentos de la verdad mayor. En los veinticinco años que habían transcurrido, mi nombre se había hecho razonablemente bien conocido. Y mi experiencia me había dicho que la gente cambia cuando

ha oído hablar de ti, favorablemente o no; se convierten, por timidez o por las otras cualidades que inspira la publicidad, en algo que no son en circunstancias ordinarias. Siendo así las cosas, el viaje me obligaba a dejar en casa mi nombre y mi identidad. Tenía que ser ojos y oídos peripatéticos, una especie de placa de gelatina en movimiento. No podría firmar en registros de hoteles, ver a gente conocida, entrevistar a otros, ni siquiera hacer preguntas inquisitivas. Por otra parte, dos o más personas perturban el complejo ecológico de un área. Tenía que ir solo y tenía que ser reservado, una especie de tortuga despreocupada con la casa a cuestas.

Teniendo en cuenta todo esto, escribí a la oficina central de una gran empresa que fabrica camiones. Expliqué lo que me proponía y mis necesidades. Quería una furgoneta de tres cuartos de tonelada, capaz de ir a cualquier parte soportando condiciones posiblemente rigurosas, y en esa furgoneta quería una casita incorporada como el camarote de un barco pequeño. Un remolque resulta engorroso para maniobrar en pistas de montaña, es imposible y a menudo ilegal aparcar con él y está sujeto a diversas limitaciones. A su debido tiempo, llegaron especificaciones detalladas de un vehículo resistente, rápido y cómodo, con un anexo incorporado (una casita con cama doble, cocina de cuatro fuegos, estufa, nevera y luces, todo ello de butano, un retrete químico, espacio de armario, espacio de almacenaje, ventanas con mosquiteros para los insectos), exactamente lo que yo quería. Me la entregaron en el verano en la casita que tengo para pescar en Sag Harbor, al extremo de Long Island. Aunque no quería ponerme en marcha antes del Día del Trabajo, cuando la nación vuelve a asentarse en la vida normal, quería acostumbrarme a mi concha de tortuga, equiparla y aprender a manejarla. Llegó en agosto, una cosa bella, potente y sin embargo ágil. Era casi tan fácil de manejar como un turismo

normal. Y como el viaje que había planeado había provocado algunos comentarios satíricos entre mis amigos, le llamé Rocinante, que era, como recordaréis, el nombre del caballo de don Quijote.

Como no hice ningún secreto de mi proyecto, surgieron una serie de discusiones entre mis amigos y asesores. (Cuando se proyecta un viaje surgen enjambres de ellos). Se me dijo que como mi fotografía estaba todo lo difundida que mi editor había sido capaz de conseguir, me resultaría imposible andar por ahí sin que me reconocieran. Dejadme que os diga por adelantado que en unos dieciséis mil kilómetros, y a lo largo de treinta y cuatro estados, no fui reconocido ni una sola vez. Creo que la gente sólo identifica las cosas en contexto. Ni siquiera los que podrían haberme reconocido en el marco que teóricamente me corresponde me identificaron ni una sola vez en Rocinante.

Se me advirtió que el nombre de Rocinante pintado en un lado de la camioneta con caligrafía española del siglo XVI provocaría curiosidad e investigaciones en algunos lugares. No sé cuánta gente reconoció el nombre, pero lo cierto es que nadie hizo ni una sola pregunta sobre él.

Luego se me dijo que los objetivos de un desconocido que anduviese recorriendo el país podrían provocar investigaciones e incluso recelos. Debido a esto metí en la camioneta una escopeta, dos rifles y un par de cañas de pescar, pues según mi experiencia si un hombre anda cazando o pescando se entienden e incluso se aplauden sus objetivos. En realidad, mis días de caza han terminado. No mato ya ni capturo nada que no pueda meter en una sartén; soy demasiado viejo para la manzana deportiva. Esta escenografía resultó innecesaria.

Se me dijo que mi matrícula de Nueva York provocaría interés y tal vez preguntas, ya que eran las únicas señales identificativas externas que llevaba. Y así fue: unas veinte o treinta

veces en todo el viaje. Pero esos contactos se atuvieron a una pauta invariable; que fue más o menos la siguiente:

Lugareño: «Nueva York, ¿eh?».

Yo: «Sí».

Lugareño: «Yo estuve allí en 1938... ¿o fue en el 39? Alice, ¿fue en el 38 o en el 39 cuando fuimos a Nueva York?».

Alice: «Fue en el 36. Me acuerdo porque fue el año que murió Alfred».

Lugareño: «Es igual, no me gustó nada. No viviría allí ni aunque me pagara usted por hacerlo».

Había cierta preocupación sincera por el hecho de que viajase solo, exponiéndome a un ataque, un robo, un asalto. Era bien sabido que nuestras carreteras son peligrosas. Y he de confesar que tenía a este respecto aprensiones absurdas. Hace años ya que no ando solo, anónimo, sin amistades, sin esa seguridad que le dan a uno la familia, cómplices y amigos. Ese peligro no tiene nada de real. Es sólo una sensación de soledad y desvalimiento al principio... una especie de sentimiento de desolación. Debido a ello, llevé en mi viaje un acompañante: un caniche francés viejo y caballeroso llamado Charley. Bueno, se llama en realidad *Charles le Chien*. Nació en Bercy, en los arrabales de París, y se educó en Francia, y aunque sabe un poco de inglés caniche, sólo responde con rapidez a órdenes en francés. Si no tiene que traducir, y eso le retrasa. Es un caniche muy grande, de un color llamado *bleu*, y es azul de verdad cuando está limpio. Charley es un diplomático nato. Prefiere la negociación a la lucha, lo que es una suerte, porque lo de luchar se le da muy mal. Sólo una vez en sus diez años de vida ha tenido problemas: cuando se encontró con un perro que se negó a negociar. Perdió en esa ocasión una parte de la oreja derecha. Pero es un buen perro guardián... tiene un rugido como el de un león, destinado a ocultar a los extraños que vagan en la noche el hecho de que no sería capaz de salir

a mordiscos de un *cornet de papier*. Es un buen amigo y compañero de viaje, y no hay cosa que le guste más que andar de aquí para allá. Si tiene una gran presencia en esta crónica se debe a que aportó mucho al viaje. Un perro, sobre todo uno exótico como Charley, es un vínculo entre desconocidos. Muchas conversaciones en ruta empezaron con «¿De qué raza es ese perro?».

Las técnicas para iniciar una conversación son universales. Yo sabía hacía mucho, y redescubrí, que el mejor medio de conseguir atención, ayuda y conversación es estar perdido. El hombre que al ver a su madre muriéndose de hambre en un camino le da una patada en la barriga para despejar la ruta consagrará alegremente varias horas de su tiempo a dar instrucciones erróneas a un absoluto desconocido que afirme que se ha perdido.

Bajo los grandes robles de mi casa de Sag Harbor estaba Rocinante, bello y autónomo, y venían vecinos de visita, algunos que ni siquiera sabíamos que existían. Vi en sus ojos algo que había de ver una y otra vez en todas las partes del país: un deseo ardiente de irse, de marchar, de ponerse en camino, hacia cualquier lugar, lejos de cualquier Aquí. Hablaban quedamente de que querían irse algún día, andar por ahí, libres y desligados, no camino de algo sino alejándose de algo. Vi esa mirada y oí ese anhelo en todas partes de todos los estados que visité. Casi todos los estadounidenses están deseosos de irse. Un niño, de unos trece años, volvía todos los días. Se quedaba a un lado tímidamente y miraba a Rocinante; atisbaba por la puerta, hasta se echaba al suelo y examinaba las ballestas especiales, muy potentes. Era un muchachito ubicuo y silencioso. Venía incluso de noche a contemplar a Rocinante. «Si me llevaras contigo —me dijo—, bueno, haría lo que fuese. Cocinaría, lavaría todos los platos y haría todo el trabajo y cuidaría de ti».

Conocía su anhelo, para mi desdicha.

—Ojalá pudiera —dije—. Pero el consejo escolar y tus padres y muchos más dicen que no puedo.

—Haré lo que sea —dijo él. Y yo creo que lo habría hecho. Creo que no renunció hasta que me puse en marcha sin él. Tenía el sueño que he tenido yo toda mi vida y para el que no hay cura.

Equipar a Rocinante fue un proceso largo y grato.

Llevé demasiadas cosas, pues no sabía con qué iba a encontrarme. Herramientas para una emergencia, cables de remolque,

un aparejo de poleas pequeño, un zapapico y una palanca, instrumentos para hacer y arreglar e improvisar. Luego estaban los víveres de emergencia. Llegaría tarde al noroeste y me cogería la nieve. Me aprovisioné para una semana de emergencia por lo menos; lo del agua era fácil; Rocinante llevaba un depósito de ciento trece litros.

Pensé que podría escribir un poco en ruta, quizás ensayos, probablemente notas y con seguridad cartas. Llevé cuartillas, papel carbón, máquina de escribir, lápices, cuadernos. Y no sólo eso, sino también diccionarios, una pequeña enciclopedia y una docena de libros de consulta más, bastante gruesos. Creo que nuestra capacidad de autoengaño es ilimitada. Sabía muy bien que raras veces tomo notas, y que si lo hago, o las pierdo o no puedo leerlas después. Sabía también, con treinta años de profesión, que no puedo escribir en el calor del momento. Tiene que fermentar. He de hacer lo que un amigo llama «darle vueltas» un tiempo hasta que baje. Y a pesar de conocerme tan bien equipé a Rocinante con material de escribir suficiente para diez volúmenes. Incluí también sesenta kilos de esos libros que nunca llegas a leer... y no sería capaz de hacerlo tampoco en el viaje, por supuesto. Luego, productos enlatados, cartuchos, balas de rifle, cajas de herramientas y un exceso de ropa, mantas y almohadas, y de zapatos y botas, ropa interior acolchada de nailon para temperaturas bajo cero, y tazas y platos de plástico y una palangana del mismo material, un depósito de gas de repuesto. Las ballestas sobrecargadas gemían e iban bajando más y más. Según mis cálculos actuales llevé aproximadamente cuatro veces más de lo necesario de todo.

Sucede que Charley es un perro que lee el pensamiento. Ha habido muchos viajes en su vida, y hay que dejarlo en casa a menudo. Sabe que nos vamos mucho antes de que aparezcan las maletas y pasea y se preocupa y gime y cae en un estado

de leve histeria, pese a lo viejo que es. Durante las semanas de preparación andaba siempre estorbando y se convirtió en un engorro puñetero. Le dio por esconderse en la camioneta, se arrastraba dentro e intentaba parecer pequeño.

Se acercaba ya el Día del Trabajo, el día de la verdad en que volverían a clase millones de niños y dejarían las carreteras decenas de millones de padres. Estaba preparado para ponerme en marcha después de eso en cuanto fuese posible. Y se informó por entonces de que subía del Caribe en nuestra dirección arrasándolo todo el huracán Donna. En la punta de Long Island habíamos tenido suficiente de aquello como para ser sumamente respetuosos. Con un huracán acercándose nos preparamos para soportar un asedio. Nuestra pequeña bahía está bastante bien resguardada, pero no lo suficiente. Llené las lámparas de queroseno mientras Donna avanzaba hacia nosotros, puse en marcha la bomba manual para el pozo y até todo lo movable. Tengo un barco de motor de seis metros y medio de eslora, el *Fayre Eleyne*. Le cerré las escotillas y lo saqué hasta el medio de la bahía, eché un ancla inmensa y anticuada con una cadena de un centímetro y cuarto y lo amarre con un cabo largo. Con aquel aparejo podría aguantar un viento de doscientos cincuenta kilómetros por hora, salvo que se le partiese la proa.

Donna subía culebreando. Sacamos una radio de batería para oír las noticias, porque si Donna llegaba allí nos quedaríamos sin corriente. Pero había una preocupación añadida: Rocinante, plantado allí entre los árboles. En una pesadilla que tuve despierto vi caer un árbol sobre la camioneta y aplastarla como a un gusano. La puse a salvo de una posible caída directa, pero eso no significaba que toda la copa de un árbol no pudiese volar quince metros por el aire y aplastarla.

Por la mañana temprano supimos por la radio que íbamos a recibirlo, y a las diez nos enteramos de que su centro



pasaría por encima de nosotros y que llegaría a la 1.07... en ese momento preciso. Nuestra bahía estaba tranquila, sin una ondulación, pero el agua estaba aún oscura y el *Fayre Eleyne* se balanceaba suave y delicadamente frente al amarradero.

Nuestra bahía está mejor protegida que la mayoría, así que vinieron a amarrar en ella muchas embarcaciones pequeñas. Y vi consternado que muchos de sus propietarios no sabían amarrar. Finalmente entraron dos barcos, muy bonitos, uno remolcando al otro. Los tripulantes echaron un ancla ligera y los dejaron, la proa de uno atada a la popa del otro, y ambos dentro del margen de desplazamiento del *Fayre Eleyne*. Cogí un megáfono y fui hasta el final del embarcadero e intenté protestar contra aquel disparate, pero los propietarios o no me oyeron o no entendieron o no quisieron hacer caso.

Llegó el viento en el momento preciso en que nos habían dicho que lo haría, y arrugó el agua como una sábana negra. Fue como un puñetazo. La copa de un roble se desplomó entera y pasó rozando la casa de campo desde la que mirábamos. La ráfaga siguiente rompió un ventanal. Volví a colocarlo y embutí cuñas por arriba y por abajo con una hachuela. Se fueron la luz y el teléfono en ese primer embate, como ya sabíamos que pasaría. Estaban previstas olas de dos metros y medio. Contemplamos cómo el viento se abatía sobre la tierra y sobre el mar como una jauría incontenible de terriers. Los árboles cabeceaban y se doblaban como hierba y del agua batida se alzaba una crema de espuma. Se soltó una embarcación y fue subiendo como por un tobogán hasta la orilla, y luego otra. Casas construidas en la benigna primavera y a principios de verano recibieron olas en las ventanas del segundo piso. Nuestra casa está en una loma a nueve metros sobre el nivel del mar. Pero la marea cubrió mi alto embarcadero. Cuando el viento cambió de dirección trasladé a Rocinante para que estuviera siempre a sotavento de nuestros grandes robles. El

*Fayre Eleyne* aguantaba gallardamente, balanceándose como una veleta, alejado del viento cambiante.

Las embarcaciones que estaban atadas una a otra habían chocado entre sí por entonces, la sirga bajo la hélice y el timón, y los dos cascos golpeteaban y se rozaban. Otra embarcación había arrastrado el ancla y acabado en tierra sobre un banco de cieno.

El perro, Charley, no estaba nada nervioso. Los disparos, los truenos, las explosiones y los fuertes vientos le traen absolutamente sin cuidado. En medio de aquella terrible tormenta, buscó un lugar caliente debajo de una mesa y se puso a dormir.

El viento cesó con la misma brusquedad con que había empezado y, aunque continuaron las olas sin su acompañamiento, dejó ya de batirlas y la marea fue subiendo más y más. Todos los muelles de nuestra pequeña bahía habían desaparecido bajo el agua y sólo resultaban visibles los pilares o las barandillas. El silencio era como un sonido apremiante. La radio nos decía que estábamos en el centro mismo de Donna, en la calma silenciosa y aterradora del núcleo de aquella tormenta remolineante. No sé cuánto duró la calma. Pareció mucho tiempo de espera. Y luego cayó sobre nosotros el otro lado, el viento que soplaba en dirección opuesta. El *Fayre Eleyne* se giró suavemente y se situó de proa al viento. Pero los dos barcos que estaban atados perdieron su anclaje y se precipitaron sobre él, rodeándolo. Se vio arrastrado entonces, protestando y luchando, en la dirección del viento y lanzado contra un muelle vecino, y llegó hasta nosotros el chillido de su casco al chocar contra los pilares de roble. El viento alcanzaba ya una velocidad de más de ciento cincuenta kilómetros por hora.

Cuando quise darme cuenta, estaba ya bordeando la punta de la bahía a la carrera, luchando con el viento, camino del muelle donde estaban aquellas embarcaciones destrozándose. Creo que mi mujer, cuyo nombre llevaba el *Fayre Eleyne*, corrió

detrás de mí, ordenándome a gritos que parase. El suelo del muelle estaba a más de un metro por debajo del agua, pero los pilares sobresalían y proporcionaban asideros. Fui avanzando poco a poco hasta que el agua me daba ya por los bolsillos del pecho, y me salpicaba en la boca, lanzada por el viento que soplaba hacia la orilla. Mi barco gemía y chillaba aplastado contra los pilares y cabeceaba como un becerro asustado. Logré subir a bordo de un salto. Por primera vez en mi vida tenía un cuchillo cuando lo necesitaba. Las embarcaciones incontrolables que rodeaban al *Eleyne* estaban empujándolo contra el muelle. Corté el cabo del ancla y la sirga y los dejé libres; se precipitaron a tierra sobre el banco de cieno. Pero la cadena del ancla del *Eleyne* estaba intacta y mi ancla vieja y grande aún seguía clavada abajo, cuarenta kilos de hierro con unas uñas lanceoladas anchas como palas.

El motor del *Eleyne* no siempre es obediente, pero aquel día se puso en marcha nada más tocarlo. Conseguí sostenerme de pie en la cubierta y avanzar hacia la rueda del timón y alcanzar el acelerador y el embrague con la mano izquierda. Y aquel barco procuró ayudar... supongo que estaba lo suficientemente asustado para hacerlo. Lo aparté de allí y subí la cadena del ancla con la mano derecha. En circunstancias normales casi no puedo izar ese ancla con las dos manos estando la mar tranquila. Pero en aquella ocasión todo salió bien. Me apoyé sobre el ancla y se inclinó y soltó sus palas. Luego liberé el barco del fondo y enfilé hacia el viento y aceleré y nos enfrentamos a aquel ventarrón condenado y le ganamos. Era como si nos abriésemos camino a través de unas gachas espesas. A un centenar de metros de la orilla dejé caer el ancla y se hundió e hizo fondo y el *Fayre Eleyne* se enderezó y alzó la proa y pareció lanzar un suspiro de alivio.

Y bueno, allí estaba yo, a unos cien metros de la costa con Donna aullando sobre mí como una jauría de sabuesos

de bigote blanco. Tal vez ningún esquife fuese capaz de resistir su embate ni un minuto. Vi pasar patinando un trozo de rama y me limité a saltar tras ella. No había ningún peligro. Si podía mantener la cabeza alzada tenía que llegar a la orilla, aunque confieso que las botas bajas de goma que llevaba se me hicieron bastante pesadas. Antes de que pasaran tres minutos había tocado tierra ya y la otra Fayre Eleyne y un vecino me sacaron del agua. Sólo entonces empecé a temblar todo, pero era estupendo mirar hacia allá y ver nuestro barquito balanceándose tranquilo y seguro. Debí de torcerme algo al tirar del ancla con una mano, porque necesité un poco de ayuda para llegar a casa; un vaso de whisky en la mesa de la cocina también ayudó un poco. He intentado después levantar ese ancla con una mano y no he sido capaz.

El viento cesó rápidamente y nos dejó entre los restos del desastre... líneas eléctricas derribadas y una semana sin teléfono. Pero Rocinante no había sufrido absolutamente ningún daño.

## SEGUNDA PARTE



Cuando se planifica un viaje a largo plazo creo que hay un convencimiento íntimo de que acabará no haciéndose. A medida que se aproximaba el día, mi cama caliente y mi cómoda casa iban haciéndose cada vez más deseables, y mi esposa querida incalculablemente valiosa. Cambiar esas cosas durante tres meses por los terrores de lo incómodo y lo desconocido parecía una locura. No quería irme. Tenía que pasar algo que me impidiese emprender la marcha, pero no pasaba. Podía ponerme malo, por supuesto, pero ésa era precisamente una de las razones principales, aunque secretas, de que quisiera irme. Durante el invierno anterior había caído enfermo de bastante gravedad de una de esas molestias, como se las llama delicadamente, que son susurros de una vejez que se aproxima. Cuando salí de eso recibí el sermón acostumbrado sobre la necesidad de aminorar la marcha, adelgazar, reducir la ingestión de colesterol. Les pasa a muchos hombres y creo que los médicos se han aprendido de memoria la letanía. Les había sucedido a tantos amigos míos... El sermón terminaba así: «Aminora la marcha. No eres ya tan joven como antes». Y había visto a tantos empezar a envolver sus vidas en algodón en rama, ahogar sus impulsos, ocultar sus pasiones y alejarse gradualmente de su virilidad para entrar en una especie de semiinvalidez física y espiritual. Les animan a hacerlo esposas y familiares y es una trampa tan dulce.

¿A quién no le gusta ser el centro de atención? Muchos caen así en una especie de segunda infancia. Cambian su violencia por la promesa de un pequeño aumento del periodo de

vida. Lo cierto es que el cabeza de familia se convierte en el niño más pequeño de la casa. Y me he examinado a mí mismo en relación con esa posibilidad con una especie de horror. Pues he vivido siempre violentamente, bebido desmedidamente, comido demasiado o nada en absoluto, dormido veinticuatro horas seguidas o pasado dos noches sin dormir, trabajado demasiado duro y demasiado tiempo sintiéndome en la gloria o haraganeado en la vagancia absoluta una temporada. He alzado, arrastrado, cortado, escalado, hecho el amor con alegría y aceptado mis resacas como una consecuencia, no como un castigo. No quería renunciar a mi fiereza para vivir un poco más. Mi mujer se casó con un hombre; yo no veía ninguna razón por la que hubiese de heredar un bebé. Sabía que conducir una camioneta de dieciséis a veinte mil kilómetros, solo y desamparado, por todo tipo de carreteras, sería un trabajo duro, pero para mí representaba el antídoto del veneno del enfermo profesional. Y no estoy dispuesto a cambiar calidad por cantidad en mi propia vida. Si el viaje proyectado acababa resultando demasiado era hora de emprenderlo de todos modos. Veo a tantos hombres demorar sus salidas por una resistencia torpe y enfermiza a abandonar el escenario. Es teatro malo además de mala vida. Soy muy afortunado por tener una mujer a la que le gusta ser una mujer, lo que significa que le gustan los hombres, no los bebés ancianos. Aunque esta última motivación del viaje nunca se analizase, estoy seguro de que ella la entendió.

Llegó la mañana, una mañana clara con esa tonalidad parda del otoño en la luz. Mi esposa y yo nos despedimos muy rápido porque nos revientan las despedidas, y ninguno de los dos quería quedarse solo cuando el otro se fuese. Ella puso en marcha el motor y salió disparada hacia Nueva York; y yo, con Charley a mi lado, conduje a Rocinante hasta el transbordador de Shelter Island, y luego a un segundo transbordador que me llevaría hasta Greenport y a un tercero que iba desde Orient



Point a la costa de Connecticut, cruzando el estrecho de Long Island, pues quería evitar el tráfico de Nueva York y ponerme ya en marcha. Y confieso que sentía una gris desolación.

En el muelle del transbordador picaba el sol y la costa del continente quedaba a sólo una hora de distancia. Se alejó de nosotros un bello balandro, el gran foque colocado como una bufanda curvada, y los barcos de cabotaje remontaban todos laboriosamente el estrecho o se dirigían bamboleándose pesadamente hacia Nueva York. Luego afloró a la superficie un submarino a media milla de distancia y el día perdió parte de su claridad. Después, más lejos, cortó el agua otra criatura oscura y luego otra; tienen su base en New London, por supuesto, y éste es su hogar. Y quizá se esté manteniendo la paz del mundo con ese veneno. Ojalá pudiesen gustarme los submarinos, y la verdad es que podría encontrarlos bellos, pero están diseñados para la destrucción, y aunque puedan explorar y cartografiar el fondo del mar, y trazar nuevas rutas comerciales bajo el hielo del Ártico, su finalidad principal es la amenaza. Y me acuerdo demasiado bien de cuando crucé el Atlántico en un barco de transporte de tropas sabiendo que en algún lugar de la ruta acechaban esas cosas oscuras buscándonos con sus ojos de un solo pedúnculo. La cuestión es que la luz se oscurece para mí cuando los veo y recuerdo hombres quemados a los que se sacaba de un mar cubierto de petróleo. Y ahora los submarinos están armados para la matanza masiva, nuestro único y estúpido medio de impedir la matanza masiva.

Sólo había unas cuantas personas aguantando el viento en la cubierta superior del traqueteante transbordador de hierro. Un joven de trinchera, cabello del color de las barbas del maíz y ojos de un azul intenso enrojecidos en los bordes por aquel viento desapacible, se volvió hacia mí y luego señaló.

—Ése es el nuevo —dijo—. Puede permanecer tres meses sumergido.

—¿Cómo puede distinguirlos?

—Los conozco. Estoy en ellos.

—¿En los atómicos?

—Aún no, pero tengo un tío en uno, y puede que no tarde.

—No va usted de uniforme.

—Acabo ahora un permiso.

—¿Le gusta servir en ellos?

—Por supuesto que sí. El sueldo es bueno y hay todo tipo de... posibilidades de un futuro.

—¿Le gustaría estar tres meses sumergido?

—Llegas a acostumbrarte. La comida es buena y puedes ver películas y... me gustaría pasar por debajo del Polo, ¿no le gustaría a usted?

—Supongo que sí.

—Y puedes ver películas y hay toda clase de... posibilidades de un futuro.

—¿De dónde es usted?

—De allí... de New London... nací allí. Tengo un tío en el servicio y dos primos. Creo que somos una especie de familia submarina.

—A mí me inquietan.

—Oh, eso se le pasaría pronto, señor. Se olvidaría enseguida de que estaba sumergido..., bueno, si es que no tiene usted ya algún problema. ¿Ha tenido claustrofobia alguna vez?

—No.

—Pues entonces se acostumbraría enseguida. ¿Le apetece bajar a tomar un café? Hay tiempo de sobra.

—Sí que me apetece.

Y pudiera ser que tuviese razón él y yo me equivocara. Es su mundo, ya no es el mío. No hay cólera en sus ojos azules ni miedo ni tampoco odio, así que tal vez no haya problema. Es sólo un trabajo con un buen sueldo y con posibilidades de un futuro. No debo echarle encima al muchacho mi miedo y

mis recuerdos. Quizás esta vez no vuelva a ser verdad, pero es su problema. Es ya su mundo. Quizás él comprenda cosas que nunca aprenderé yo.

Tomamos el café en vasos de papel y me señaló por las ventanas cuadradas del transbordador los diques secos y los esqueletos de nuevos submarinos.

—Lo bueno que tienen es que si llega una tormenta te puedes sumergir y no hay problema. Duermes como un niño mientras arriba se desata el infierno.

Me dio instrucciones sobre cómo podía salir de la población, unas de las pocas instrucciones correctas que me dieron a lo largo del viaje.

—Hasta la vista —dije—. Espero que tenga un buen... futuro.

—No está mal, ¿sabe?... Adiós, señor.

Y mientras iba recorriendo una carretera secundaria de Connecticut, bordeada de árboles y huertos, me di cuenta de que aquel muchacho me había hecho sentirme mejor y más seguro.

Había estado varias semanas estudiando mapas, a gran escala y a pequeña, pero los mapas no son realidad ni mucho menos... pueden ser además unos tiranos. Conozco gente que está tan inmersa en los mapas de carretera que no ve nunca el territorio por el que pasa, y otros que, después de haberse trazado una ruta, se aferran a ella como si estuvieran encajados con ruedas de pestaña en unos raíles. Conduje a Rocinante hacia un pequeño merendero mantenido por el estado de Connecticut y saqué mi guía de mapas de carretera. Y los Estados Unidos pasaron a hacerse de pronto tan increíblemente inmensos que era imposible del todo cruzarlos. Me pregunté cómo demonios me había enredado en aquel proyecto irrealizable. Era como empezar a escribir una novela. Cuando me enfrento a la imposibilidad desoladora de escribir quinientas

páginas cae sobre mí una sensación morbosa de fracaso y el convencimiento de que nunca lo conseguiré. Siempre me pasa eso. Luego, poco a poco, escribo una página y después otra. Todo lo que puedo permitirme considerar es un día de trabajo, y desecho la posibilidad de terminar alguna vez. Lo mismo me pasaba entonces, mientras miraba la proyección de brillantes colores de los gigantescos Estados Unidos. Las hojas de los árboles eran una maraña tupida y agobiante en aquella zona de descanso, no crecían ya, sino que colgaban inertes esperando que la primera helada les diese un golpe de color y la segunda las condujese a tierra y pusiese fin a su año.

Charley es un perro alto. Cuando se sentaba en el asiento de al lado, su cabeza quedaba casi a la misma altura que la mía. Acercó su nariz a mi oído y dijo: «Ftt». Es el único perro que he conocido capaz de pronunciar la letra F. Esto se debe a que tiene los dientes delanteros torcidos, una tragedia por la que le están vedadas las exhibiciones caninas; debido a que sus dientes delanteros superiores encajan levemente en el labio inferior, Charley puede pronunciar F. La palabra «Ftt» significa normalmente que le gustaría saludar a un matorral o a un árbol. Abrí la puerta de la cabina y le dejé salir y se entregó a su ceremonia. No tiene que pensarlo para hacerlo bien. La experiencia me ha demostrado que en algunos casos Charley es más inteligente que yo, pero en otros es de una ignorancia abismal. No sabe leer, no sabe conducir un coche y no entiende nada de matemáticas. Pero en su propio campo de actividad, en el que se hallaba actuando entonces, el lento e imperial olisquear y ungir una zona, no tenía igual. Sus horizontes son limitados, por supuesto, pero ¿son tan amplios los míos?

Seguimos viaje en el atardecer de otoño, en dirección norte. Pensé que, al ser autosuficiente, quizás estuviese bien poder invitar a la gente que conociese en ruta a tomar una copa, pero me había olvidado de incluir bebidas alcohólicas.

De todos modos en las carreteras secundarias de ese estado hay bonitas tiendas donde las venden. Sabía que había algunos estados con ley seca, pero se me había olvidado cuáles eran, y era una buena ocasión de abastecerse. Vi una tiendecita bastante separada de la carretera en un bosquecillo de arces azucareros. Tenía un huerto bien cuidado y macetas con flores. El propietario era un viejo joven de rostro gris, sospecho que abstemio absoluto. Abrió su libro de pedidos y enderezó el papel carbón con paciente meticulosidad. Nunca sabes lo que la gente va a querer beber. Pedí whisky (bourbon y escocés), ginebra, vermut, vodka, un coñac de mediana calidad, aguardiente de manzana añejo y una caja de cervezas. Me pareció que con eso podría solventar casi todas las eventualidades. Era un gran pedido para una tienda pequeña. El propietario estaba impresionado.

—Debe de ser una gran fiesta.

—No..., son sólo los suministros para el viaje.

Me ayudó a sacar las cajas y abrí la puerta de Rocinante.

—¿Va usted en esto?

—Claro.

—¿Adónde?

—Por ahí.

Y entonces vi lo que había de ver tantas veces en el viaje: una mirada de añoranza.

—¡Dios mío! Ojalá pudiese ir.

—¿No le gusta esto?

—Claro que sí. Está muy bien, pero ojalá pudiera ir.

—Ni siquiera sabe usted adónde voy.

—Me da igual. Me gustaría ir a cualquier sitio.

Al final tuve que salir de las carreteras tapadas por los árboles y hacer lo posible por eludir las ciudades. Hartford y Providence y otras parecidas son ciudades grandes, llenas de fábricas, con un tráfico agobiante. Se tarda mucho más en

atravesar las ciudades que en recorrer varios cientos de kilómetros. Y como en la intrincada red del tráfico has de concentrarte en procurar salir de ella, no tienes posibilidad de ver nada. He atravesado cientos de poblaciones y ciudades de todos los climas y con todo tipo de paisajes, y por supuesto son todas diferentes, y la gente tiene características distintas, pero en algunas cosas son todas iguales. Las ciudades de Estados Unidos son como madrigueras de tejón, bordeadas de desechos (todas ellas), rodeadas de montones de automóviles destrozados y herrumbrosos y casi asfixiadas por la basura. Todo lo que usamos viene en cajas de madera, de cartón, en cajones, el llamado embalaje que tanto nos gusta. Las montañas de las cosas que tiramos son mucho mayores que las cosas que usamos. En esto, por lo menos, podemos ver la salvaje e insensata exuberancia de nuestra producción, de la que los desperdicios parecen ser el índice. Pensaba al pasar que en Francia o en Italia cada una de aquellas cosas tiradas se habría guardado y utilizado para algo. No digo esto como crítica de un sistema ni de otro, pero me pregunto si llegará un momento en que no podamos permitirnos ya este desperdicio nuestro: desechos químicos en los ríos, desechos metálicos por todas partes y desechos atómicos sepultados en las profundidades de la tierra o hundidos en el mar. Cuando una aldea india quedaba demasiado sumergida en su propia basura, los habitantes se trasladaban a otro sitio. Pero nosotros no tenemos ningún sitio al que trasladarnos.

Le había prometido al más pequeño de mis hijos que le diría adiós al pasar por su colegio de Deerfield, Massachusetts, pero llegué allí demasiado tarde ya para despertarle, así que enfilé montaña arriba y busqué una granja, compré un poco de leche y pedí permiso para aparcar debajo de un manzano. El granjero tenía un doctorado en Matemáticas y debía de haber estudiado algo de Filosofía. Le gustaba lo

que hacía y no quería estar en ningún otro sitio..., fue una de las poquísimas personas satisfechas que encontré en todo el viaje.

Prefiero cubrir con un velo mi visita al colegio de Eaglebrook. Es fácil imaginar el efecto que produjo Rocinante en doscientos adolescentes prisioneros de la educación, que acababan de instalarse allí para cumplir su sentencia invernal. Visitaron mi camioneta en manadas, hasta quince a la vez en el pequeño camarote. Me lanzaban corteses maldiciones con la mirada porque yo podía irme y ellos no. Es probable que mi propio hijo no me perdona nunca. Paré poco después de salir de allí, para asegurarme de que no llevaba ningún poli-zón. Mi ruta seguía hacia el norte por Vermont y luego hacia el este por New Hampshire y las White Mountains. En los puestos de los bordes de la carretera había montones de calabazas doradas y rojizas y cestos de manzanas rojas tan crujientes y dulces que parecían estallar en jugo cuando las mordía. Compré manzanas y una jarra de cuatro litros de sidra dulce recién exprimida. Creo que todos los puestos de la carretera venden mocasines y guantes de piel de ciervo. Y los que no, venden dulce de leche de cabra. Yo no había visto nunca puestos de venta a puerta de fábrica en pleno campo como aquéllos, que vendían calzado y ropa. Los pueblecitos son, en mi opinión, los más bellos de toda la nación, limpios y pintados de blanco (sin contar los moteles y apartamentos para turistas), y se conservan como hace cien años, salvo por el tráfico y por las calles pavimentadas.

El clima cambió rápidamente al frío y los árboles estallaron en una explosión de color, no te podías creer aquellos rojos y amarillos. No es sólo el colorido, sino un brillo especial que es como si las hojas se tragaran la luz del sol del otoño y luego la fueran soltando despacito. Había una tonalidad ígnea en aquellos colores. Estaba ya bastante arriba en

las montañas antes de oscurecer. Un cartel junto a un arroyo ofrecía a la venta huevos frescos, y me metí por el camino de entrada a una granja y compré huevos y pedí permiso para acampar junto al arroyo y ofrecí pagar.

El granjero era un hombre enjuto, con eso que consideramos una cara de yanqui y las vocales borrosas que consideramos la pronunciación yanqui.

—No necesita pagar nada —dijo—. Ese terreno no se utiliza. Pero me gustaría ver ese vehículo que tiene ahí.

—Déjeme buscar un sitio llano —dije yo— y ordenar un poco, luego puede bajar a tomar un café... o alguna otra cosa.

Di marcha atrás y busqué hasta encontrar un sitio llano desde donde podía oír el ávido ronroneo del arroyo; era casi de noche ya. Charley había dicho «Ftt» varias veces, queriendo indicar en este caso que tenía hambre. Abrí la puerta de Rocinante, encendí la luz y me encontré con un caos absoluto. He estibado muchas veces una embarcación previendo los bamboleos y cabeceos, pero las paradas y arrancadas rápidas de una camioneta son un problema diferente. El suelo estaba cubierto de libros y papeles. La máquina de escribir se había aposentado estrambóticamente sobre una pila de platos de plástico, uno de los rifles se había caído y había quedado apoyado en la cocina, y una resma entera de papel, quinientas hojas, se había desparramado como nieve cubriéndolo todo. Encendí la lámpara de gas, metí las cosas caídas en un armarito y puse agua para hacer café. Por la mañana tendría que reorganizar mi carga. Nadie puede decir cómo hay que hacerlo. Se ha de aprender la técnica como la aprendí yo, a base de fallos. En cuanto se hizo noche cerrada, el frío empezó a ser glacial, pero la lámpara y los fuegos de gas de la cocina calentaban mi casita acogedoramente. Charley tomó su cena, hizo su ronda obligada y se retiró a un rin-



cón enmoquetado debajo de la mesa que habría de ser suyo los tres meses siguientes.

Hay muchas ideas modernas para hacer la vida más cómoda. En mi barco había descubierto los utensilios de cocinar desechables de aluminio, sartenes y platos hondos. Fríes un pescado y tiras la sartén por la borda. Estaba bien equipado de esas cosas. Abrí una lata de menestra y la eché en un plato desechable y lo puse en una placa de amianto sobre una llama baja, para calentarlo muy despacio. Apenas estuvo listo el café, Charley lanzó su rugido de león. Me es imposible explicar cómo conforta el que te digan que se acerca alguien en la oscuridad. Y si por casualidad el que se acercase albergara mal en su corazón, aquel vozarrón le haría detenerse si no conocía el carácter fundamentalmente pacífico y diplomático de Charley.

El propietario de la granja llamó a la puerta y le invité a entrar.

—Está muy bien esto —dijo—. Está muy bien, sí señor.

Se deslizó en el asiento de al lado de la mesa. Es una mesa que se puede bajar de noche y los cojines se pueden extender para hacer una cama doble.

—Muy bien —volvió a decir.

Le serví una taza de café. Yo creo que el café huele mejor incluso cuando empieza a helar.

—¿Quiere echarle algo más? —pregunté—. ¿Algo que le dé autoridad?

—No... está muy bien así. Está muy bien.

—¿No quiere un chorrillo de aguardiente de manzana? Estoy cansado de conducir, me gustaría también echarle un poco.

Me miró con esa alegría contenida que los no yanquis consideran reserva.

—¿Lo tomaría si yo no lo tomase?

—No, creo que no.

—No quiero privarle de él entonces... sólo una cucharada.

Así que serví una buena dosis de aguardiente de manzana de veintiún años de antigüedad y me deslicé en mi lado de la mesa. Charley se desplazó para dejar sitio y apoyó la barbilla en mis pies.

Hay una regla de cortesía cuando se viaja. La pregunta directa o personal está descartada. Pero eso es simple buena educación en cualquier lugar del mundo. No me preguntó mi nombre ni yo a él el suyo, pero había visto cómo se posaban sus rápidos ojos en las armas de fuego colocadas en los portafusiles de goma, en las cañas de pescar sujetas a la pared.

Estaba en los Estados Unidos Jrushchov, una de las pocas razones por las que me habría gustado estar en Nueva York.

—¿Ha oído usted la radio hoy? —le pregunté.

—Las noticias de las cinco.

—¿Qué ha pasado en N.U.? No me acordé de ponerla.

—Una cosa que parece increíble —dijo él—. El señor J. se quitó un zapato y aporreó la mesa.

—¿Por qué?

—No le gustaba lo que estaban diciendo.

—Parece una manera extraña de protestar.

—Bueno, atrajo la atención. Todas las noticias hablaban de eso.

—Deberían darle un mazo para que no tuviera que quitarse los zapatos.

—Eso es una buena idea. Tal vez pudiese tener la forma de un zapato, para que se sintiese más a gusto.

Bebió un sorbo de aguardiente saboreándolo con detenimiento.

—Está muy bueno —dijo.

—¿Qué piensa la gente de por aquí de todo esto de responder a los rusos?

—El resto de la gente no sé. Pero yo pienso que si estás respondiendo es como una acción de retaguardia. Preferiría que hiciésemos algo a lo que tuviesen que respondernos ellos.

—En eso tiene usted razón.

—A mí me parece que estamos siempre defendiéndonos.

Llené otra vez las tazas de café y serví un poco más de aguardiente para los dos.

—¿Cree usted que deberíamos atacar?

—Yo creo que deberíamos por lo menos coger la pelota alguna vez.

—No es que esté haciendo una encuesta, pero ¿cómo le parece que irán las elecciones por aquí?

—Ojalá lo supiese —dijo—. La gente no habla. Creo que estas elecciones podrían ser las más secretas que hayamos tenido jamás. La gente simplemente no expone su opinión.

—¿No será que no tienen ninguna?

—Puede, o puede que sea sólo que no quieren decirla. Recuerdo otras elecciones en que había discusiones bastante fuertes. Esta vez no he oído ni una discusión siquiera.

Y eso fue lo que encontré por todo el país: ninguna polémica, ninguna discusión.

—¿Pasa lo mismo... en otros sitios?

Debía de haberse fijado en mi matrícula, pero eso no lo mencionaba.

—A mí me parece que sí. ¿Cree usted que la gente tiene miedo a tener una opinión?

—Algunos puede que sí. Pero conozco a otros que no tienen miedo y no dicen nada tampoco.

—Ésa ha sido mi experiencia —dije—. Pero en realidad no sé.

—Yo tampoco sé. Tal vez sea todo parte de la misma cosa. No, gracias, ya basta. Noto por el olor que su cena está casi lista. Me voy ya.

—¿Parte de qué misma cosa?

—Bueno, por ejemplo mi abuelo y su padre... aún vivía cuando yo tenía doce años. Ellos sabían algunas cosas de las que estaban seguros. Si les dabas una pequeña pista estaban bastante seguros de lo que podría pasar después. Pero ahora... ¿qué podría pasar?

—No sé.

—Nadie sabe. ¿De qué vale una opinión si no sabes? Mi abuelo sabía cuántos pelos tenía en la barba el Todopoderoso. Yo no sé siquiera qué pasó ayer, no digamos mañana. Él sabía de qué estaba hecha una piedra o una mesa. Yo no entiendo siquiera esa fórmula que dice que nadie sabe nada. No nos queda nada para seguir... ya no hay manera de pensar en las cosas. Bueno, me voy. ¿Le veré por la mañana?

—No sé. Me iré temprano. Quiero cruzar Maine hasta Deer Isle.

—Vaya, un lugar muy bonito, ¿no?

—Aún no lo sé. No he estado nunca allí.

—Sí, es un lugar bonito. Le gustará. Gracias por el... café. Buenas noches.

Charley le vigiló mientras se iba y luego suspiró y se volvió a dormir. Yo comí mi menestra, luego bajé la cama y saqué *Ascensión y caída del Tercer Reich* de Shirer. Pero me di cuenta de que no podía leer, y al apagar la luz de que no podía dormir. El repiqueteo del agua en las piedras era un buen sonido relajante, pero la conversación del granjero seguía conmigo... era un hombre reflexivo y elocuente. No podía albergar la esperanza de encontrar muchos como él.

Y tal vez hubiese puesto el dedo en la llaga. Los seres humanos tuvieron tal vez un millón de años para acostumbrarse al fuego como cosa y como idea. Entre el momento en que un hombre se quemó los dedos en un árbol abatido por un rayo y el momento en que otro hombre transportó un trozo de él

al interior de una cueva y descubrió que le mantenía caliente, tal vez pasaron unos cien mil años, y de eso a los altos hornos de Detroit... ¿cuánto?

Y ahora se disponía de una fuerza muchísimo mayor, y no habíamos tenido tiempo de desarrollar los medios para pensar, pues el hombre ha de tener sentimientos y luego palabras, antes de que pueda aproximarse a lo de pensar y eso, al menos en el pasado, ha llevado mucho tiempo.

Cantaron los gallos antes de que me quedase dormido. Y sentí por fin que había empezado mi viaje. Tengo la impresión de que hasta entonces no había creído realmente en él.

A Charley le gusta madrugar y le gusta que yo madrugue también. ¿Y por qué no iba a gustarle? En cuanto desayuna se vuelve a dormir. Y ha desarrollado con los años una serie de métodos, inocentes en apariencia, para conseguir que yo me levante. Puede sacudirse y sacudir el collar con suficiente fuerza como para despertar a un muerto. Si eso no resulta, tiene un ataque de estornudos. Pero su método más irritante puede que sea sentarse muy quieto al lado de la cama y mirarme fijo a la cara con una expresión dulce e indulgente; y yo afloro del sueño profundo con la sensación de que me están mirando. Pero he aprendido a mantener los ojos bien cerrados. Basta que parpadee para que él estornude y se estire, y se acabó para mí dormir esa noche. La guerra de voluntades se prolonga a menudo un buen rato, yo manteniendo los ojos firmemente cerrados y él mostrándose indulgente, pero casi siempre me gana. Le gustaba tanto viajar que quería empezar temprano, y temprano para Charley significa nada más empezar a atenuarse la oscuridad con el amanecer.

No tardé en descubrir que si un forastero itinerante desea escuchar disimuladamente qué es lo que se cuenta en una población local, los lugares en los que tiene que introducirse son los bares y las iglesias; y ha de estar allí callado. Pero algunos

pueblos de Nueva Inglaterra no tienen bares y sólo hay iglesia los domingos. Una buena alternativa es el restaurante de carretera donde se reúnen los hombres para desayunar antes de ir a trabajar o de caza. Para encontrar habitados esos lugares debe levantarse uno muy temprano. Y hasta esto tiene un inconveniente. Los hombres que se levantan temprano no sólo no hablan mucho con desconocidos, sino que casi no hablan entre ellos. La conversación del desayuno se limita a una serie de lacónicos gruñidos. El talante taciturno de Nueva Inglaterra alcanza su perfección gloriosa en el desayuno.

Di de comer a Charley, luego di un pequeño paseo y después me lancé a la carretera. Cubría las colinas y me escarchaba el parabrisas una niebla gélida. No soy normalmente de los que comen mucho para desayunar, pero tenía que hacerlo porque no vería si no ya a nadie hasta que parase a echar gasolina. Así que hice un alto en el primer restaurante de carretera que tenía las luces encendidas y me senté en el mostrador. Los clientes estaban todos inclinados como helechos sobre sus tazas de café. Una conversación normal es más o menos la siguiente:

Camarera: «¿Lo mismo?».

Cliente: «Sí».

Camarera: «¿Está bastante frío para usted?».

Cliente: «Sí».

(Diez minutos).

Camarera: «¿Otro?».

Cliente: «Sí».

Éste es un cliente muy hablador. Los hay que se limitan a un gruñido y otros que no contestan nada en absoluto. Una camarera de primera hora de la mañana lleva una vida solitaria en Nueva Inglaterra, pero pronto aprendí que si yo probaba a inyectar vida y alegría en su trabajo con algún comentario risueño, ella bajaba los ojos y contestaba con un sí o con un gruñido.

Tuve de todos modos la sensación de que había un cierto tipo de comunicación, aunque no pueda explicar cuál era.

Lo más informativo era el programa de radio de la mañana, que aprendí a estimar. Todos los pueblos de unos cuantos miles de habitantes tienen su emisora de radio, que ocupa el puesto del antiguo periódico local. Se anuncian gangas y trueques, acontecimientos sociales, se facilitan precios de artículos, se transmiten mensajes. Los discos que ponen son los mismos en todo el país. Si *Teen-Age Angel* es cabeza de lista en Maine, es cabeza de lista en Montana. Así que puedes oír *Teen-Age Angel* treinta o cuarenta veces en un día. Pero además de las crónicas y noticias locales se cuele un poco de publicidad exterior. A medida que me internaba en el norte e iba haciendo más frío, iba dándome cuenta de que había más y más publicidad de terrenos en Florida y, con el largo y crudo invierno aproximándose, pude entender por qué Florida es una palabra dorada. A medida que avanzaba descubría que había más y más personas que soñaban con Florida y que se habían trasladado allí a miles, y que querían hacerlo y lo harían muchos más. La publicidad, con una mirada de reojo a la Comisión Federal de Comunicaciones, explicaba pocas cosas aparte del hecho de que el terreno que se vendía estaba en Florida. Algunos anuncios se aventuraban a garantizar que el terreno quedaba por encima del nivel de la marea. Pero eso no importaba; bastaba con el nombre de Florida para transmitir el mensaje de calor y bienestar y confort. Era irresistible.

He vivido en un buen clima y me resulta endemoniadamente aburrido. En Cuernavaca, México, donde viví en tiempos, y donde el clima se aproxima todo lo imaginable a lo perfecto, descubrí que cuando la gente se va de allí suele irse a Alaska. Me gustaría saber cuánto puede aguantar en Florida un hombre del condado de Aroostook. El problema es que con sus ahorros trasladados e invertidos allí, no lo tiene demasiado fácil

para volver. Ha tirado sus dados y no puede recogerlos ya para tirar otra vez. Pero me pregunto si alguien de la zona costera de Nueva Inglaterra, sentado en una silla de nailon y aluminio en un césped de un verdor invariable, espantando mosquitos en el anochecer de un octubre de Florida... me pregunto si la picadura del recuerdo no le golpea en la boca del estómago, justo debajo de las costillas, donde duele. Y estoy seguro de que en el húmedo verano perpetuo su mente pictórica desea volver al grito de color, al roce limpio del aire gélido, al olor a madera de pino ardiendo y la acariciadora calidez de las cocinas. Porque, ¿cómo puede conocer el color en un verde perpetuo y de qué vale el calor sin que lo haga grato el frío?

Yo iba conduciendo todo lo despacio que la costumbre y una ley impaciente permitían. Es la única manera de ver algo. Los estados proporcionan cada pocos kilómetros zonas de descanso al borde de la carretera, sitios cubiertos que están situados a veces al lado de oscuros arroyos. Había bidones de gasolina pintados para la basura, y mesas para comer y, a veces sitios, para hacer fuego o para asar. Yo sacaba a intervalos a Rocinante de la carretera y dejaba pasearse a Charley para que repasara con el olfato la lista de visitantes previos. Luego calentaba café y me sentaba cómodamente en el escalón de atrás y contemplaba el bosque y el agua y las empinadas montañas con coronas de coníferas y abetos en lo alto, empolvados de nieve. Hace mucho tiempo tuve por Pascua un huevo de mirar. Atisbando por un agujerito del extremo veía una granjita encantadora, una especie de granja de los sueños, y en la chimenea de la casa una cigüeña sentada en un nido. La consideré una granja de cuento de hadas, imaginada con la misma firmeza que los gnomos sentados debajo de las setas. Y luego en Dinamarca vi esa granja o una hermana suya y era de verdad, igual que había sido en aquel huevo de mirar. Y en Salinas, California, donde me crie, aunque teníamos algunas heladas, el clima era fresco y neblinoso.



Cuando veía fotos en color de un bosque de Vermont en otoño era otra cosa encantada, y la verdad es que no nos lo creíamos. En la escuela aprendíamos de memoria «Snowbound» y versitos de Old Jack Frost y de su brocha,<sup>1</sup> pero lo único que Jack Frost hacía por nosotros era poner una fina piel de hielo sobre el abre-vadero, y eso raras veces. Fue una conmoción para mí descubrir que aquel manicomio de colores era de verdad, pero que las fotos eran traducciones inexactas y desvaídas. No puedo imaginar siquiera los colores del bosque cuando no estoy viéndolos. Me pregunté si el contacto constante podría provocar indiferencia y le pregunté si era así a una nativa de New Hampshire. Dijo que el otoño nunca dejaba de asombrarla, de entusiasmarla.

—Es una gloria —dijo—, y no se puede recordar, así que siempre llega como una sorpresa.

En el riachuelo que había junto a la zona de descanso vi saltar una trucha del agua oscura de un pozo y formarse anillos de plata concéntricos y crecientes, y Charley lo vio también y se metió en el agua y se mojó, el muy tonto. No piensa nunca en el futuro. Entré en Rocinante para llevar mi escaso aporte de basura al bidón de gasolina: dos latas vacías; yo había comido de una y Charley de la otra. Y entre los libros que había llevado vi una cubierta que recordaba bien y la saqué a la luz del sol: una mano dorada que sostenía a la vez una serpiente y un espejo con alas y debajo, en letras de tipo caligráfico, «*The Spectator*, edición de Henry Morley».<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> «*Snowbound*» es un extenso poema narrativo de John Greenleaf Whittier sobre las vicisitudes domésticas de una familia de Nueva Inglaterra cuya casa queda aislada durante unos días por la nieve. Escrito por su autor con fines didácticos y como regalo para una niña sobrina suya, se publicó en 1866 y se hizo pronto muy popular. Jack Frost, es una personificación de la helada. (*Todas las notas de la presente edición pertenecen al traductor*).

<sup>2</sup> *The Spectator* es un diario fundado por Joseph Addison y Richard Steele en Inglaterra que se publicó en 1711 y 1712. El editor, Henry Morley (1822-94), era un famoso escritor y profesor de Literatura Inglesa.

Parece ser que he tenido una infancia afortunada para un escritor. A mi abuelo, Sam'l Hamilton, le gustaba mucho la buena literatura, y la conocía además, y tenía algunas hijas ilustradas, entre ellas mi madre. Por eso en Salinas, en la gran librería de nogal oscuro con puertas de cristal, había cosas extrañas y maravillosas que descubrir. Mis padres no me las ofrecieron nunca y la puerta de cristal era evidente que las guardaba, así que yo hurtaba de allí. Ni se me prohibía ni se me intentaba disuadir para que no lo hiciese. Hoy pienso que si prohibiésemos a nuestros iletrados hijos tocar las maravillas de nuestra literatura, quizá pudiesen robarlas y descubrir un gozo secreto. No tardé en sentir un amor por Joseph Addison que nunca he perdido. Toca el instrumento del lenguaje como Casals el violonchelo. No sé si influyó en el estilo de mi prosa, pero la verdad es que pienso que ojalá lo haya hecho. En las White Mountains en 1960, sentado al sol, abrí aquel bien recordado primer volumen, impreso en 1883. Volví al volumen 1 de *The Spectator*, al jueves 1 de marzo de 1711. El encabezado era así:

*«Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem  
Cogit, et speciosa dehinc miracula promat».* Horacio.<sup>3</sup>

Bajo esa fecha escribe:

«He observado que un lector raras veces lee detenidamente un libro con placer mientras no sabe si aquel que lo escribió es rubio o moreno, de disposición colérica o apacible, casado o soltero, con otras particularidades de similar naturaleza, que conducen en muy gran medida al recto entendimiento de un autor. A satisfacer esta curiosidad, que es tan natural

---

<sup>3</sup> «No se propone extraer humo del fuego, sino del humo luz para producir maravillas espléndidas», *Epistula ad Pisones*, 143-4.

en un lector, dedico este artículo y el próximo, como discursos introductorios a mis escritos siguientes, y daré cuenta además en ellos de las diversas personas que intervienen en esta obra. Como el problema principal de compilar, compendiar y corregir será de mi incumbencia, estoy obligado a hacer justicia iniciando el libro con mi propia historia».

Domingo, 29 de enero de 1961. Sí, Joseph Addison, oigo y obedeceré dentro de los límites de la razón, pues parece que esa curiosidad de la que tú hablas no ha disminuido ni mucho menos. He encontrado muchos lectores más interesados en cómo visto que en cómo pienso, más ávidos de saber cómo lo hago que de saber qué hago. Por lo que respecta a mi obra, a algunos lectores les causa mayor impresión lo que hace que lo que dice. Como una sugerencia del maestro es una orden similar a la de las Sagradas Escrituras, me desviaré y cumpliré con ella al mismo tiempo.

Soy, hablando en términos generales, alto (uno ochenta justo), aunque se me considere un enano entre los varones de mi familia. Éstos oscilan entre uno ochenta y cinco y uno noventa y cinco, y sé que mis dos hijos me sobrepasarán cuando alcancen su plena estatura. Soy muy ancho de hombros y, en las condiciones en que me encuentro ahora, de caderas estrechas. Tengo las piernas largas en relación con el tronco y dicen que están bien formadas. El pelo lo tengo de un gris entrecano, los ojos azules y las mejillas rosadas, una tez heredada de mi madre irlandesa. La cara no se ha mantenido inmune al paso del tiempo, sino que lo registra con cicatrices, surcos, arrugas y erosiones. Tengo barba y bigote, pero me afeito las mejillas; en cuanto a la primera, que tiene una banda oscura de mofeta en el centro y es blanca en los bordes, conmemora a ciertos parientes. La cultivo no por las razones que suelen darse de problemas de piel o dolor al afeitarse, ni con el secreto

propósito de cubrir una barbilla débil, sino como puro adorno descarado, como algo muy parecido al placer que al pavo real le procura su cola. Y, por último, en nuestra época una barba es la única cosa que una mujer no puede hacer mejor que un hombre, o si es que puede, su éxito únicamente está asegurado en un circo.

Mi atuendo para viajar era utilitario, aunque un poco raro. Unas botas de goma bajas con plantillas de corcho me mantenían los pies calientes. Unos pantalones caquis de algodón comprados en una tienda de suministros del ejército cubrían mis zancas, mientras que mis regiones superiores disponían de una cazadora con puños y cuello de pana y un bolsillo atrás lo suficientemente grande para meter de contrabando a una princesa india en un albergue de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Llevaba una gorra que había usado muchos años, una gorra azul de la Marina Británica, de sarga, con la visera corta, y sobre ella el león regio y el unicornio, luchando como siempre por la Corona de Inglaterra. Está bastante raída y tiene adherida mucha sal, pero me la dio el capitán de una torpedera en la que me embarqué en Dover durante la guerra... un gentil caballero y un asesino. Después de dejar yo de estar a su mando atacó a un torpedero alemán y aguantó su fuego intentando tomarlo, ya que no había sido capturado nunca uno, y resultó hundido en el intento. He usado su gorra desde entonces en su honor y en su memoria. Además, me gusta. Concuerta conmigo. En Nueva Inglaterra nadie miraba dos veces esa gorra, pero luego, en Wisconsin, Dakota del Norte, Montana, cuando había dejado ya el mar muy atrás, me pareció que llamaba la atención y compré lo que solíamos llamar un sombrero de ganadero, un Stetson, no demasiado ancho de ala, un sombrero del Oeste, espléndido pero conservador, como los que solían usar mis tíos ladrones de ganado. Sólo cuando llegué a otro mar, en Seattle, volví a ponerme la gorra de marino.

Cumplida la orden de Addison, vuelve a tenerme ya el lector en aquel merendero de New Hampshire. Mientras estaba allí sentado hojeando el primer volumen de *The Spectator* y considerando cómo la mente suele hacer al mismo tiempo dos cosas de las que se da cuenta y probablemente varias más de las que no se da, entró allí un lujoso coche, y una mujer bastante corpulenta y ostentosa soltó a un perro de Pomerania bastante corpulento y ostentoso de femenina condición. Yo no me daría cuenta de esto último hasta más tarde; pero Charley se la dio de inmediato. Salió de detrás del cubo de basura, vio a su beldad, se le encendió la sangre francesa y se lanzó a desplegar una serie de galanterías que resultaban inconfundibles hasta para los flácidos ojos de la dueña de la damisela. Dicha criatura lanzó un grito como un conejo herido, emergió del coche con un sentimentalismo explosivo, y habría agarrado a su queridita en brazos si pudiera haberse inclinado tan abajo. Lo más que pudo hacer fue asestar un sopapo en la cabeza del alto Charley. Que le pegó un mordisco en la mano con la mayor naturalidad y despreocupación, pasando a continuación a proseguir con su romance. Hasta aquel momento nunca había sabido yo bien lo que significaba «hacer retumbar el firmamento», y lo comprendí entonces gracias a aquella furibunda mujer, que ciertamente lo hizo retumbar. Le cogí la mano y vi que ni siquiera tenía rasgada la piel, así que agarré a su perra, y aquel pequeño monstruo me asestó inmediatamente un buen mordisco que hizo brotar sangre antes de que lograra cogerla por el cuello y estrujárselo delicadamente.

A Charley le pareció absurdo todo aquello. Orinó en el cubo de basura por vigésima vez y dio por zanjado el asunto.

Llevó tiempo calmar a la dama. Saqué la botella de coñac, que podría haberla matado, y bebió un trago que debería haberlo conseguido.

Lo más natural habría sido que Charley, con todo lo que había hecho por él, hubiese acudido en mi ayuda, pero él detesta a los neuróticos y a los borrachos. Se metió en Rocinante, se arrastró debajo de la mesa y se puso a dormir. *Sic semper cum gabachos.*

Por fin la dama salió zumbando de allí con el freno de mano puesto, y la clase de día que yo había construido yacía en ruinas. Addison había estallado en llamas, la trucha no formaba ya círculos en el pozo y una nube cubrió el sol y estremeció el aire un soplo frío. Cuando me di cuenta estaba conduciendo más deprisa de lo que quería y empezaba a llover, una lluvia acerada y fría. No presté a aquellos pueblos encantadores la atención que se merecían, y no tardé en entrar en Maine y seguir hacia el este.

Ojalá hubiera dos estados que se pusieran de acuerdo en el límite de velocidad. Cuando te has acostumbrado ya a los ochenta kilómetros por hora cruzas la frontera y son cien. No entiendo por qué no pueden reunirse y ponerse de acuerdo. Hay, sin embargo, una cosa en la que están de acuerdo: todos ellos afirman que son el mejor y proclaman ese hecho con letras inmensas cuando cruzas la frontera. No vi ni un solo estado, de un total de casi cuarenta, que no tuviese algo bueno que decir de sí mismo. Parecía una falta de delicadeza, la verdad. Porque habría sido más apropiado dejar que los visitantes lo descubrieran por su cuenta. Pero tal vez no lo hiciésemos si no se atrajese nuestra atención hacia ello.